

UNA CHARLA SOBRE FILOSOFÍA (1)

El título de la presente charla “*La Imagen del Hombre en la Filosofía del Siglo XX*”, es comprometedor y pretencioso. Y sería inadmisibles que intentara desarrollarlo ante ustedes, porque, además de todo, es impreciso. Tomémoslo apenas como una disculpa para dialogar sobre dos de los temas que propone: Hombre y Filosofía.

Desde hace veinticinco siglos la filosofía se pregunta por el hombre, y todavía no sabemos a ciencia cierta qué *es* el hombre. Miren ustedes qué enorme y trágica paradoja. Sabemos mucho sobre lo que nos rodea: la composición íntima de las partículas; el mundo invisible de los átomos. Pero muy poco, casi nada, y sobre todo casi nada seguro, sobre nosotros mismos. ¿No es esta una situación comprometedor y una evidencia desconcertante?

Si fuéramos a buscar las raíces profundas de tal hecho, quizá, como primera posibilidad, nos asaltarían dos soluciones posibles: o el hombre tiene una naturaleza tan particular que se escapa a su propio conocimiento; o el mirar del hombre hacia sí mismo no ha sido verdaderamente profundo. Ambos caminos implican una crítica a la Filosofía.

Anotemos entre tanto un hecho: el problema del hombre irrumpe tardíamente en la filosofía occidental. Se hace física; cosmología, antes que antropología. Como si el hombre hubiera estado tan extasiado en el milagro de la “*Lo otro*”, del cosmos, que fuera apenas paso secundario el de volver los ojos a *sí mismo*. Esta acusación a

(1) Conferencia pronunciada en el Instituto Colombo Alemán, el 18 de noviembre de 1964.



la parcialidad de la mirada filosófica no es, sin embargo, claramente justa. Cuando se intenta la respuesta sobre el “*qué es esto*” el *ti estin griego*, se da como piso previo un “*para mí*”. ¿Qué es esto que vivo y veo; esto donde habito, esto que de alguna manera me está constituyendo a mí mismo? Quien pregunta se incluye en la pregunta aun cuando no la marque —como lo hacemos ahora— sobre ese matiz fundamental, que es el nosotros mismos. “*Qué es*” es una pregunta omniabarcante. “*Qué soy yo, el hombre*”, una inquisición lateral, una particularización. En la respuesta que se busca para el “*qué es*” tiene, por necesidad, que estar presente esa forma del ser que es el hombre.

Entonces, ¿por qué hoy la filosofía se pregunta por el hombre, cuya respuesta debía resolverse en resolución de la pregunta total por el ser? De alguna manera la radicalización de la pregunta actual “*Qué es el hombre*”, es una derrota al camino indicado o señalado en el despertar de la filosofía.

Y esta sí que es una acusación a la filosofía. Hemos dicho una derrota de la filosofía.

Veamos hasta dónde esto puede ser verdadero.

El hablar de lo que es —ontología— sería hasta un punto también antropología mientras se pueda afirmar que el hombre *es*. Y por lo pronto me temo que esta afirmación sea necesaria. Si nos quitamos el ser para quitarnos de encima la ontología, nos quedamos sin nada. O mejor dicho, con nada. Y aquí nos ha saltado, de pronto, una peligrosa liebre. Una palabra muy del siglo XX: “*Nada*”, que vamos a dejar, por lo pronto, bajo un necesario paréntesis.

La historia de la Filosofía es la conciencia de la derrota del filosofar. O más claramente, de las filosofías. Un sistema sucede al anterior, un método al que le precedió porque uno y otro parecen insuficientes y por lo tanto incapaces para abarcar y resolver el desafío que plantea la pregunta inicial. Si esto no fuera así, no habría historia de la filosofía: novedad, renovación, enriquecimiento. Yaceríamos en la verdad si fuera suficiente la primera respuesta, o padeceríamos el inútil tormento de la tortuga, que patas arriba gira sobre sí misma, se angustia pero no se desplaza. Para fortuna del hombre, no permanecemos en la incómoda posición del quelonio, ni habitamos en reino de la verdad absoluta de los Dioses. Para darle un platónico diezmo a Perugrullo, hemos de afirmar vivir un intermedio entre el no tener nada del animal y el tenerlo todo de lo divino. Nuestro único saber seguro sobre lo que es, es saber que no lo sabemos.

Y digo que esta enorme tragedia de la ignorancia es —paradójicamente nuestra fortuna— porque si supiéramos qué nos constituye, qué somos, el hombre hubiera desaparecido de sí mismo como problemática; desaparecido de sí mismo como inquietud. Y llevando aún más allá el problema: hubiera desaparecido como historia. Porque como el hombre *no se sabe*, se descubre siempre, cada día, a cada hora, como algo nuevo. Se pregunta por eso. Se crea, se re-crea, se destruye para proponerse otra vez. Este proponerse, tómese en el sentido de un ponerse ante sí, o en el de “Yo me propongo hacer tal cosa” que no tienen, en verdad, dos, sino un solo significado, este proponerse, repito, es lo que constituye la historia. La historia marcha hacia adelante porque el hombre se propone. La historia, digámoslo de una vez, no es solo tiempo: es tiempo del hombre.

Para uno de los filósofos contemporáneos, para Martin Heidegger, esto es aún más radical. No solo la historia es tiempo humano. El tiempo mismo es lo que es humano. Solo hay tiempo en donde hay hombre (2).

Y estamos pisando ya el terreno de la Filosofía del Siglo XX, que en Heidegger tiene, si no el mayor, sí el más inquietante de sus exponentes.

No intentaré aquí siquiera exponer panorámicamente el filosofar heideggeriano sobre el hombre —el Dasein—. Sería irrespetuoso hacer una especie de *Reader Digest* del pensamiento riguroso y profundo del gran contemporáneo alemán. El tema sobrepasa y desborda el de esta conferencia. Pero sí es de fundamental importancia el recordar que aun cuando su obra parezca girar en torno al problema del hombre y de la existencia, la ambición heideggeriana no es la de dar una explicación y una imagen del hombre, sino mucho más profundamente, una respuesta a la vieja pregunta, a la pregunta fundamental de la filosofía: la pregunta por el ser. Esta pregunta solo se da *desde* el hombre. Es él quien descompone *lo que es* en componentes metafísicos (3). El destino del hombre, visto así, es el destino de la pregunta. La imagen del hombre se da en el reflejarse de la inquisición.

Si la filosofía, como metafísica, es el hombre, no debemos tomar, entonces, la pregunta por el hombre como una derrota de la filosofía, sino, por el contrario, como una afirmación de su vigencia. Preguntamos por el hombre, sería preguntarnos a la vez por “La filoso-

(2) Cf. Heidegger, *El Ser y el Tiempo*, cap. V, “Temporalidad e Historicidad”.

(3) zCf. idem., cap. III, “La Mundanidad del Mundo”.

fía". E inquirir por "La Filosofía", preguntarnos por la pregunta, un recaer sobre nosotros mismos. Lo básico no es el *sobre qué* pregunta, sino *desde dónde* pregunta.

Si asumimos esa posición, la filosofía no da una imagen del hombre. La imagen del hombre *es* "La Filosofía". Aquí la palabra no tiene un sabor doctoral, ocupacional, disciplinante, sino un puro contenido ontológico. En otras palabras, no es la filosofía del siglo XX o del siglo XVII, sino aquello presente, como angustia e inquietud, como pregunta en la una y en la otra. Metafísica es la manera de la existencia del *Dasein*.

Pero la voz de Martín Heidegger no se levanta solitaria. La referencia a la existencia, la insistencia sobre la existencia, no parte solo de él. Si fuera tiempo para hacer peligrosas generalizaciones, diríamos que hay una constante en la filosofía contemporánea que plantea el tema y que la problematización de la existencia no surge solo de un grupo de filósofos, sino que inquieta a quienes no están ni podrían estar catalogados dentro de la corriente de la Filosofía de la Existencia: tomistas, neokantianos, neopositivistas, o pensadores solitarios e insulados como Ortega o Unamuno, parecen haber tomado como propio el problema. ¿Cuál es la causa? ¿Por qué el hombre, de pronto, vuelve a descubrirse y a preocuparse como existente?

Hemos vuelto, sin desearlo, casi al inicio mismo de esta charla. Pero ahora tenemos, sobre la vez anterior, mucho ganado. Nos preguntamos antes por qué el hombre, cuando comenzó a hacer filosofía, se preguntó por lo otro y no por sí mismo. Entonces estábamos hablando de un hombre que no conocíamos ni podíamos conocer. Ahora estamos preguntándonos sobre alguien que tenemos muy cerca. Por nosotros mismos. Si somos, heideggerianamente, metafísicos ha brotado en nosotros la pregunta que al preguntar por el ser, nos pregunta. Y esta pregunta es aquello que nos afirma en la existencia. La inquietud nos hace evidente, nos descubre la existencia. Pero eso no es solo el problema. Aquello que lo grava, es *como* existir: de qué manera existir. Eso que no sabemos pero que nos es tan necesario —dijéramos tan vital— eso, se nos escapa. Y este no saber amarga la existencia misma. Como el nadador que está en trance de ahogarse, sabemos que en alguna parte hay aire, pero no podemos respirarlo. No sabemos dónde está la superficie o la profundidad. En el remolino de la existencia, hemos perdido el "arriba" y el "abajo".

Para muchos la filosofía puede dar la clave de la incerteza y convertirse en una propedéutica para la problemática vital. Y esperan, entonces, hacer de la filosofía, un útil para la existencia. No hay

mayor ni más craso error: *Primum vivere deinde filosofare*. Primero vivir; después filosofar. La vida está antes de la filosofía. La filosofía es una consecuencia de la vida. Pero hay algo más: no solo la filosofía no *sabe* sino que tiene inserto en su mismo origen, justificándola, un imperativo: el de quitar saberes. La filosofía no da saber, quiebra, pone en crisis, destruye seguridades. Desde Sócrates hasta nuestra hora, la voz de la filosofía viene diciendo, en lugar de "*así es*", un tajante "*así no es*". En su búsqueda de verdad, la filosofía tiene la misión de retirar falsos cimientos: las opiniones que se apoyan más sobre la tradición que sobre la verdad. La labor cartesiana continúa siendo imperativa. Pero si la filosofía no da saberes, tampoco la vida misma sabe.

¿Dónde entonces buscar el saber; dónde encontrar eso que nos parece tan necesario? ¿Qué resuelve a la pregunta sobre nuestra manera de ser? ¿Desde dónde nos aclaramos?

No esperemos respuesta a la pregunta, porque vamos a encontrar respuestas; salidas plurales, caminos múltiples, cuando de hecho necesitamos, con natal urgencia, una sola respuesta, un solo camino: el verdadero.

Si tomamos el problema preguntándonos por la pregunta, tal vez podamos pisar el terreno más firme. ¿Por qué nos importa no saber? ¿Por qué nos angustia no sabernos? Si hubiéramos aceptado desde siempre la ignorancia que nos constituye, como aceptamos el hecho de tener dos manos, no habría inquietud. El problema es, pues, *por qué hemos hecho un problema de nosotros mismos*.

Quizá luego de revisar el origen occidental de la Filosofía, el mundo de los filósofos físicos, de los presocráticos, desde la pregunta sobre el porqué hemos hecho problema de nosotros mismos, podríamos afirmar que la filosofía ha cumplido para occidente una devastadora tarea. Al preguntarse sobre la seguridad del cosmos, puso en duda su firmeza; su constitución. Y cuando el mundo —la habitación del hombre— dejó de ser segura y se convirtió en interrogación, continuó su tarea demoledora sobre lo que restaba inmovible: el mismo hombre que preguntaba.

Del continuo preguntar, responder y preguntar sobre lo respondido, el hombre ha logrado un esclarecimiento: entre la primera respuesta, la de Tales, "Todas las cosas son agua" y la propuesta por Einstein sobre la relatividad del tiempo y del espacio, hay veinticinco siglos de profundización. Esto, en el campo cosmológico. Pero en el antropológico, no podemos afirmar lo mismo. Por el contrario,

griegos y medievales definen al hombre y les basta esta definición para comprenderlo, para asegurarlo. El hombre con ímpetu trascendente, de Platón; como medida de lo que es, de Protágoras; el hombre como creatura semejante a lo divino, tranquilizaron el preguntar. Fueron piso suficiente; confianza, respiro... Pero ni en la afirmación de Tales, ni en la poética platónica, ni en la reposada Summa Teologica, está "La Filosofía". Donde hay afirmación, y seguridad y respiro, y tranquilidad, no hay Filosofía. Una cosa es el filosofar, que es histórico, que, afirmando, se afirma en la historia, y otra cosa muy distinta es "La Filosofía", que está antes de la afirmación; que yace en la pregunta.

La pregunta en el siglo XX parece recaer, con precisa puntería, sobre el hombre. Desde aquí y desde allá, desde todos los disparaderos de la filosofía (en la filosofía no hay paraderos) la interrogación sobre el hombre se hace insistente y reiterada. El hombre es hoy más que nunca problema, porque la labor de la pregunta es problematizar; poner en crisis.

Pero, a veces, en este campo de la filosofía, no solo la pregunta pone en crisis, sino que la misma respuesta cumple ese papel. Hay respuestas a la pregunta sobre el hombre, y sobre el ser, que se convierten, por su precisión, por su perfección formal, por su parecer ser verdad, en origen del preguntar crítico. Y si ustedes me permiten un viaje muy corto por la Historia de la Filosofía, voy a detenerme en una, la respuesta de Renato Descartes a la pregunta por lo que es; a la pregunta por el fundamento.

Descartes duda de la realidad. Le dieron "eso", "esto", como ser, pero, ¿y quién puede asegurarlo? Descartes se propone una tremenda y angustiosa tarea: va a destruir "eso", "esto", lo que nos rodea, para reconstruirlo sobre una base realmente firme. Al término del "cogito", como se llama la tarea de la destrucción, el filósofo parece encontrar al fin un piso firme sobre el cual reconstruir la realidad: el Yo. Exclama: "je pense, donc je suis", "cogito ergo sum"; pienso, luego existo. Esta limpia frase, este asombroso descubrimiento de Cartesio de que solo no se podía dudar del pensamiento, porque pensar que no se pensaba, ya sería un pensamiento, va a constituirse en el siglo XX en el problema central de la filosofía. Descartes, al profundizarse, encuentra la evidencia de la subjetividad. Encuentra a un yo —el pensante— —la chose qui pense— autónomo. A un yo que no necesita de mundo. Y con ello sucede algo más grave aún: *la existencia se trueca en un contenido mental.*

Entramos a lo que en términos de historia de la Filosofía se llama "Metafísica de la Subjetividad". Hace tres siglos que el objeto se volvió subjetivo; que la existencia comenzó a ser acto mental. Que el yo se tragó el mundo.

La filosofía contemporánea se pregunta cómo superar este paso un poco enajenante, para decirlo con un término de moda, ¿cómo devolverle al mundo su independencia del sujeto que lo piensa? La pregunta que pone en crisis al Idealismo tradicional es tal vez aparentemente muy simple: ¿será la última evidencia —al profundizar en una cogitación cartesiana— el pensamiento? ¿Qué está primero en el orden del grito cartesiano: la existencia o el pensar? Leibniz había entrevisto ya el problema al anotarle a Descartes que en su fundamento, coexistían dos verdades: una, "existe el pensamiento" y otra "muchas cosas son pensadas por mí" (4). En suma: que el mundo no depende de que yo lo piense, como tampoco el pensamiento depende del mundo para pensar. Estas dos unidades en una: la unidad dual, va a ser la búsqueda del filosofar contemporáneo. Curiosamente, para rescatar la imagen del hombre, la filosofía, haciendo un recorrido inverso al cartesiano, va a tener que reconstruir el mundo, rehacerlo como una autonomía, para encontrar al hombre.

Señores, va un principio a manera de adelanto: La filosofía le va a sacar al hombre el mundo. Lo va a restituir a ser "mundo" y no subjetividad. Este paso es necesario para *poner el hombre en el mundo*. Esto parece sorprendente y en realidad lo es. ¿Es que el hombre no estaba en el mundo? No. Ya lo hemos visto. *El mundo estaba en el hombre.*

A este encontrarse en el mundo, entre el mundo, sumido en sus relaciones, atacado y atacante, a esa interacción entre mi yo y lo otro, el "mundo", es lo que la filosofía contemporánea llama "Existencia" o "Vida", bien provenga el término de la Filosofía de la Existencia, o de la nombrada "Filosofía de la Vida".

Pero al sernos restituído el mundo por la filosofía, su concepto ha cambiado. El mundo ya no es solo mi paisaje, mi contorno, lo que me rodea: la casa, el árbol, estas paredes, sus rostros, el tapete de la mesa. Es eso y mucho más. El mundo es mi habitación, y mi condena; mundo, el reducto a donde yo he sido lanzado; mundo es la apertura en donde yo soy; es la única posibilidad de mi existencia. En esa apertura soy yo el responsable. Pero el mundo no está ahí para que yo pasee tranquilamente por él; no es un espacio,

(4) Cf. José Ortega y Gasset, *Qué es Filosofía*, Lección IX.

una extensión, sino algo que me afecta, que me toca, que muchas veces me sumerge. Mundo es una proposición para la proposición de la existencia. Una ocupación, una lucha. Mundo —sé que estoy siendo infiel a todos los filósofos al presentar un conjunto de ideas que han sido cuidadosamente establecidas—, mundo, repito, ya no es, ni puede serlo, como lo fue para la antigüedad, una “cosa”, sino una relación fundamental. Algo hacia lo que hacemos frente y que nos hace, a su vez, frente.

Pero en esta batalla que la existencia como tal me propone; mi estar aquí, arrojado, caído, va a ser mi propio, mi particular, mi exclusivo fundamento. La existencia se convierte así en desafío, en hazaña y aventura. El existente, como el artista de la cuerda floja, pende de un hilo; depende de su propia habilidad. Ya no hay ángeles guardianes que vigilen y soporten mi vida; el hombre sostiene, lleva a costas su propio ser; acudiendo a la terminología, “al ser del hombre le va su propio ser”.

Fatalmente tenemos que ser. Tenemos que decidimos a ser; empujarnos a la vorágine de lo desconocido que está ante nosotros: al futuro. Y algo que siendo “sabido”, está oscuro, indescifrable, aterrador: la muerte. La muerte es nuestro futuro, está inmediatamente después de esto que asimos en nuestra lucha como presente. Vida no es resbalar, estar entre las cosas; la vida del hombre es algo mucho más peligroso y desconsolador: es el intento de ser llevándonos a un límite que no queremos escoger pero que se nos impone: la muerte. Arrojad, puestos, caídos, en la existencia, que no hemos escogido, tenemos la libertad para ser, pero no para ser siempre de alguna manera lo que queremos ser, sino negación: muerte, nada. ¡Qué abismática paradoja esta vida del hombre! Intentando ser, queriendo ser, luchando por ser, se va agotando, pero del último límite de su ser, la culminación de la existencia que es el morir, se le escapa. Desde su existencia, el hombre no puede mirarse nunca como totalidad, como cumplimiento (5).

Este vacío que nos deja nuestra existencia es un buen campo para la pregunta. La muerte que no puede ser vivida; que es sentida en los otros y presentida en nosotros, en tanto que estamos en su dintel, se nos da como la dirección del preguntar. Y de un preguntar urgente, porque como culminación que es de existencia, resulta elemento constitutivo.

(5) Cf. Heidegger, *El Ser y El Tiempo*, Segunda Sección, cap. I, “El posible” ser total, del “ser ahí” y el “ser relativamente a la muerte”.

El preguntar por la muerte llega a ser el preguntarse por la “finitud” constitutiva del hombre. Esta finitud, y esta muerte, no son un hecho exterior. Es decir, la muerte no se nos da “desde algo”, no nos asalta para *quitarnos* esto que tenemos, sino que *va* desde nosotros mismos: está ya. Esta muerte con la que tenemos que contar y arreglárnosla, tiene una esencial significación para la misma vida. Solo bajo la presión de la finitud, el hombre da de sí su verdadero rendimiento. En otras palabras: solo bajo la presión de la finitud y la irreparabilidad del tiempo, se origina en el hombre el ansia, el deseo, la urgencia, de ganar el tiempo, de utilizar esto que llamamos vida. Con ella el hombre se ve forzado a *entrar en la existencia como deber*. Es decir, solo la conciencia de la finitud hace posible que la existencia se asuma como tal.

La muerte, eso seguro y a la vez imprevisible, eso sabido, pero no conocido, puede sobrevenir de un momento al otro. Puede —¡qué enorme gravedad!— no dejarme ser de una manera completa, impedir nuestra realización. La vida del hombre no se desarrolla como el tránsito orgánico de un fruto, que madura y cae. La muerte puede cortarnos la existencia antes de que esa ansiada maduración sea realidad. Nuestras posibilidades de maduración pueden ser apenas “posibilidades” cuando la muerte detenga la carrera de la existencia, o la madurez —caso menos habitual— puede haber sobrevenido y pasado ya antes de la detención de la muerte. Esto ha sido finalmente entrevisto por Heidegger y problematizado en “El Ser y el Tiempo” (6). Pero tiene que ser entrevisto y problematizado por cada uno de nosotros. No podemos esperar que el tiempo, como a la fruta, nos madure, porque no podemos contar con él. La madurez —la autenticidad— es algo que solo podemos ganar desde nosotros: es nuestra responsabilidad. “Existir significa estar en vista de la muerte”.

No he tocado aquí algo que parece fundamental para la comprensión del problema de la Muerte propuesto por la “Filosofía de la Existencia”: la angustia que surge al pensar no-ser-más. Pero, había ya previsto con anterioridad que esta no sería una charla que pretendiera informar siquiera sobre un sistema de pensamiento determinado y me temo que si continuara hablando del tema que se propone y desarrolla la “Filosofía de la Existencia”, pudiera pensarse, con razón, que yo estuviera afirmándola como el pensamiento que da “La imagen del hombre en el siglo XX”.

(6) *Idem.*, § 48.

No. La filosofía, o mejor, el filosofar del siglo XX da muy varias imágenes del hombre. Bastaría mencionar el pensamiento antropológico de Max Sheller; su antropocentrismo; o la imagen marxista del hombre, preso dentro de una estructura económica; o la aún imperante dogmática religiosa que confina al hombre dentro de una mera "creaturidad". Hemos dicho al comienzo de esta charla, que escaparíamos de la aceptación del título y no pretenderíamos hablar de las filosofías, plural respuesta, sino de la pregunta que condiciona eso que llamamos "Filosofía".

Anotamos inicialmente que el preguntar del "qué es" es un preguntar omniabarcante y no una inquisición lateral. Que en el "qué es" tiene que estar presente el hombre. Y que la radicalización de la pregunta por el hombre, sería una derrota al camino indicado por la filosofía. Esto fuera una verdad si hombre y mundo, como para el pensamiento idealismo a ultranza, no fueran una misma cosa; una relación de hecho, un facto. La pregunta por el hombre resulta ser también una pregunta sobre el mundo; sobre lo que es.

La esencia del pensar humano es problemática. Pensar, es recaer en la problematicidad; hallarse en lo no resuelto; ser en el panorama por descubrir de una pregunta que se reitera.

Pero este problema y esta incerteza, ese no saber y preguntarse, llegamos a ser nosotros mismos. Asumir la existencia no es entrar a un mundo de reposo, a una tranquila solución; allá, aquí solo hay lucha; pensar y preguntarse es lanzarse a la aventura; es disponer de sí mismo. El hombre es el único ser que es para sí mismo, que debe ser para sí mismo, pero que escapa de sí mismo, se niega a sí mismo, se aniquila a sí mismo o se hace a sí mismo. El hombre tiene esa pavorosa y a la vez emocionante imposición.

La libertad es inimaginable. Solo se da en el acto que la asume. La libertad solo se da en la libertad. No hay imagen de libertad. Consecuentemente, no hay imagen del hombre que es libertad en la determinación de su existencia.

Si el hombre tuviera ante sí la imagen de sí, el preguntarse, la lucha, el debatir y la duda, parecerían accesorios lujosos. Pero en tanto que solamente aparezca ante el hombre su ser como pura impresión, como disposición de ser, surgirá la pregunta que lo impulsa hacia adelante y lo coloca en la existencia.

El hombre no puede mirarse como se mira un libro, ni leer su vida es posible. Cada hombre existiendo puede comprenderse apenas como prólogo.

